

SERMON
QUE EN HONOR DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICO EN SU INSIGNA COLEGIATA
EL DIA 12 DE MARZO DE 1880

EL PBRO. LIC. D. TIRSO RAFAEL CORDOBA

Promotor de la Curia Eclesiástica de Mexico

EN LA FUNCION QUE CELEBRÓ LA SACRADA MITRA DE MICHOACAN.

*In me gratia omnis vitz et veritatis;
in me omnis spes vitz et virtutis.*

En mí se halla toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud.

Eccli., XXIV, 25.

ILLMO. SEÑOR.—VENERABLE CABILDO.—CATÓLICOS:

Si el afán de mundanas glorias acongojase el corazón del sacerdote católico, el arduo empeño que me trae á esta sagrada cátedra sería motivo de que viésetis una soberbia confundida. Pareceríale á ésta que las voces eloquentes de antos doctos y santos y clarísimos varones, ornamento de la patria y de la religion, voces consagradas en la memoria de las gentes y que aún creemos oír resonar en las bóvedas de este magnífico Santuario, sofo-

caban la palabra del más indigno de los enviados del Salvador. Más atento así el espíritu á disimular su confusión que á procurar de humilde manera la gloria de Dios por la alabanza de nuestra tierna Madre, llegaría hasta culpar ante tan ilustrado y respetable concurso el piadoso celo y rectas intenciones con que los dignos representantes de la grey michoacana, al rendir una vez más el homenaje debido á la gran Reina, elegían tan pobre intérprete de sus votos.

Mas ¡sea bendito el Dios de nuestros padres, amados hermanos míos! Porque al suscitar del polvo á los desvalidos y levantar á tamaña altura á los miserables, quiere dar nuevas señaladas muestras de su misericordia y de su poder, haciendo que cada una de sus obras le glorifique á su modo, clamando con el Profeta: *Non nobis Domini, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (1). Herida el alma por los resplandores de esa luz que ciega los ojos de la carne y disipa las sombras de la soberbia de la vida, no queda á nuestro abatimiento sino decir con el Apóstol: “¿Señor! ¿Qué quieres que yo haga?” *Domine, quid vis me facere?* (2)

Y ¿qué quiere el buen Dios, hermanos míos? Que considerando la triste situación de las almas y la tremenda crisis porque atraviesan las sociedades, busquemos el remedio para que aquellas vuelvan al sendero de la vida moral y éstas se regeneren con las gracias de la salud. El filosofismo, eco del grito del primer revolucionario, como llama á Satán un impío de nuestros tiempos (3), eco reproducido por los verdugos del Hombre Dios, y diez y ocho siglos más tarde por las furias del ateísmo, agítase hoy, como se agitaba la antigüedad pagana, por hallar ese remedio fuera de Dios y sin contar para nada con Jesucristo. Pero la conciencia de la humanidad, primero en ansiosa y universal expectativa, luego admirada

(1) Ps. L. 113-1.

(2) Act. Apost., c. IX, v. 6.

(3) Proudhon.

y reconocida por la feliz realizacion, da un incesante mentís á la falsa filosofía.

Lo cierto es, católicos, que cuando en fuerza de nuestras desventuras tornamos los ojos á la Cruz y recordamos la dichosísima adopción de que nos hizo objeto la ternura de Maria, dilátanse nuestros pechos al influjo de santas esperanzas y nuestro sér recobra el aliento de la vida. Esto explica por qué hoy únense nuestras voces al concierto que hace saltar de gozo los montes y los collados, y llena de inefable encanto á los moradores del cielo. Y ¿quién se detiene á preguntar ahora el motivo de este regocijo? Sábenlo y sientenlo corazones que forman uno solo en el filial reconocimiento y singular amor á esa dulce Madre; uno solo en el comun espantoso peligro porque cruzan la patria y la religion. No lo diré, pues, á vosotros, sinceros mexicanos católicos, que guardando el testimonio de Jesucristo y la herencia de nuestros padres, os complacéis en venir al pié de la montaña donde habita la *Tórtola que ha dejado escuchar su voz en nuestra tierra* (1); no á vosotros que, á fuer de leales vasallos de la Reina Guadalupana, con el homenaje de vuestra fe y el tributo de vuestro amor quisiérais ofrecerla, como lo hacian nuestros mayores, los más ricos tesoros de este suelo privilegiado!

Lo diré á esas gentes infelices que van dormidas y sin cuidado por el pérfido golfo de la indiferencia; á esotras, más desdichadas todavía, que prefieren los antros espantosos del rey de las tinieblas á las floridas campiñas y enhiestas cumbres que dora con sus rayos el sol del Evangelio; y más aun á esos soberbios razonadores que califican de fanatismo estos majestuosos cultos, glorioso timbre del espíritu que raciocina creyendo. ¡Oh, si aquellos rompiesen las cadenas de su esclavitud, para ser libres, como nosotros, cayendo de rodillas ante Dios, ensalzándole en sus obras é invocando su santo nombre, con qué

(1) Cant., Cantic II, 12.

júbilo repetirían: *O Domine, quia ego servus tuus, et filius ancille tue, dirupisti vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo!* (1) Digamos, pues, á todos, y ved aquí el grande asunto que osa ofrecer mi pequeñez á la sabiduría y á la piedad que me rodean, que: la verdadera y sólida devoción á la tierna Madre de los mexicanos, es el único medio para conseguir la felicidad que ha desaparecido de entre nosotros, á causa justamente de que hemos abandonado, ó falseado, ó dejado debilitarse aquella devoción. Cien veces, hermanos míos, habrá sido este el objeto de vuestra piadosa meditacion. Mas, ¿en qué otra cosa pensar en medio de esta dilatada agonía sino en el porvenir que nos aguarda? ¿Y ese porvenir?..... ¡Ah! no está lejos; pero aun podemos prevenirlo por la misericordia del Señor. La clave de él se halla en la Virgen Santísima de Guadalupe, en quien puso Dios para nosotros por medio de su milagrosa aparicion, toda la gracia del camino y de la verdad, las esperanzas todas de la vida y de la virtud. *In me gratia omnis vite et veritatis; in me omnis spes vite et virtutis.*

A esa gracia divina de que eres Madre, oh purísima y misericordiosa Maria, recorro en este instante lleno de la mayor confianza en union de estos fieles hijos tuyos! ¡Amantísima Señora y Madre mia! Tú que otorgaste á aquel humilde neófito la dicha de ser el mensajero de tus bondades y el heraldo de tu victoria, hazme digno de publicar tus alabanzas, de recordar tus beneficios y de alentar con tus promesas estos corazones. Para ello te entrego sin reserva el mio: haz que lo inflame el fuego de aquel divino Espíritu que te colmó de sus dones y á quien debemos el gozo de saludarte con el arcángel.—
AVE MARIA.

O el porvenir, católicos, es una palabra sin sentido, ó el hombre individual y colectivamente considerado solo puede hallar ese porvenir en Dios. El anhelo incesante

(1) Ps. 115, v. 6 y 7.

de una felicidad que ni el poder, ni la ciencia, ni la hermosura, ni la riqueza logran en este valle de miserias, demasiado atestigua, si una voz de lo alto no lo dijera, que el hombre fué criado para el goce de una dicha inmortal; que quien al criarlo le dió una inteligencia que sólo se satisface con la plenitud de la verdad, y un corazón que sólo halla reposo en el bien sumo, no podía cometer la crueldad de dejar sin objeto aquellas facultades frustrando los más altos designios: que si el hombre se desvió de la senda primitiva, faltando á las condiciones que le impuso el soberano Autor, fué por un acto de su libertad que le hizo responsable de aquel crimen y merecedor de eterno castigo: y que, por último, para reconquistar la perdida herencia, afán continuo de la naturaleza caída, necesitaba de una reparación infinita, porque infinito era el estrago causado por la culpa. No es filosofía, católicos, la que cerrando los ojos á esta luz, desoyendo la voz de los siglos y olvidando la verdadera causa de los suspiros de los pueblos, jamás podrá penetrar el sentido profundo de aquella desgarradora lamentación: *In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea* (1).

He aquí por qué el hombre, despues de fatigarse inútilmente por curar las llagas que le abriera esa iniquidad, concluye por dejar á un lado los estériles remedios de la falsa ciencia, persuadiéndose de que el entendimiento necesita de la verdad, la voluntad de seguir el bien, la libertad de estímulos eficaces para obedecer la ley del Criador, y el corazón, en una palabra, de que se realice ese deseo de felicidad que únicamente ha de llenarse en el infinito.

Sólo el amor y la sabiduría de un Dios podían mostrarnos el camino del bien, darnos la luz de la verdad, el aliento de la virtud y las esperanzas de la vida. Pero sin fe, no hay luz en el camino; sin amor del bien, no

(1) Ps. L. v. 6.

hay honestidad; sin virtud, la libertad no tiene freno; y sin esperanza, el hombre reniega de su destino. Por eso en el plan de la redención la infinita misericordia ofreció tales remedios al mundo para que se salvase en medio de la guerra contra las pasiones, de la lucha formidable contra todos nuestros enemigos. Y porque la misma misericordia dispusiera para ello que el Verbo, que es luz, amor y vida, se uniese al hombre encarnando en el seno purísimo de María, esta privilegiada criatura, en virtud de la divina maternidad, quedó constituida en el depósito de todas las gracias que debían restaurar los elementos del porvenir del mundo. *In me gratia omnis vite et veritatis; in me omnis spes vite et virtutis*. La espectación de los siglos anteriores al cristianismo y las tiernas manifestaciones de los siglos evangélicos únense maravillosamente con la santa Iglesia para reconocer la misión altísima de María en relación con el destino de los hombres y con la regeneración del individuo, de la familia y de los pueblos. Los desvarios de la locura pagana y las demencias, más criminales todavía, de la razón moderna, no han acertado ni acertarán á resolver el problema: en tanto la fe humilde que únicamente quiere saber á Jesucristo crucificado, y que por ese sol de verdad y de justicia eternas ve iluminadas las oscuridades del pasado, del presente y del porvenir, no halla bien ni consuelo posibles fuera de ese santuario donde brota la misteriosa fuente de las gracias del camino de la verdad, de la esperanza y de la fortaleza. *In me gratia omnis vite et veritatis; in me omnis spes vite et virtutis*.

El raudal abundoso de esas gracias, corriendo en la serie de los siglos de la era nueva ¡qué sorprendente y feliz transformación obra en las sociedades que abren sus puertas á los evangelizadores de la paz, á los apóstoles de una fe que vincula el bienestar de la vida terrestre y la seguridad de las dichas inmortales!

Aun no ha llegado, empero, para tí, región desconocida del mundo, la hora fijada en los eternos decretos para

que, por medio de la revelacion del Verbo, entres en el sendero de la moral evangélica y de la cristiana civilizacion. Mas sabe que no eres ¡oh tierra! la menor ni la menos amada de Aquel que con su sangre vino á regenerar al mundo. Si en tu corazon resucenan ya las pisadas del hombre maravilloso que describió el velo de tu existencia; si en nombre del Salvador te gana más para el cielo que para el derecho de los hombres; si en pos de las carabelas del soldado de la ciencia y de la fe han de arrojarse sobre tí las gentes que fatigan al mundo con sus osadas conquistas, y han de arrancarte lo que tu error y desventura califican de más precioso, alégrate, porque tras de sangrientos y costosos sacrificios, tras de los yerros de la injusticia humana, instrumento á veces de expiacion en las manos de Dios, tú, América, te alzarás ante las demás naciones como una hermosa y tierna virgen ornada con la blanca vestidura que distingue á los hijos del Cordero, y despidiendo de tu diadema rayos de una luz inmortal!

Mas ¡oh designios misericordiosos del Señor! Entre esos pueblos que yacen envueltos en las sombras de la idolatria, y cuya hora de redencion ha sonado, ved, hermanos míos, ¡con qué singular predileccion señala el dedo de Dios á nuestro México! ¿Deberé recorrer la tierna historia de esas bondades ante vosotros que la sabeis mejor que yo, y que no sólo sois firmes como roca para resistir el oleaje que amenaza sepultar aquí nuestros dogmas, sino que guardais tambien incólume el depósito de las tradiciones y piadosas creencias que son la clave de nuestros destinos? ¿Deberé probaros la realidad de un prodigio que nos ha hecho la admiracion y envidia del orbe católico, de un prodigio que ha arrancado el mayor elogio de uno de los Pontífices más sabios, de un prodigio consagrado en la Liturgia de la Santa Iglesia, de un prodigio que ha resistido á la critica más osada y pertinaz? Conviértase ésta de jansenista y de volteriana en positivista, tratando de hundir en el polvo los altares y las

coronas de la Santa Virgen de Guadalupe: su divina Imágen está aquí, su Imágen y su templo que lo explican todo y todo lo simbolizan respecto de nuestro pasado, que sostienen nuestra combatida existencia en el presente y encierran la última sentencia de nuestro porvenir político, social y religioso!

Nuestros progenitores no se detuvieron á dar oídos á los sofismas de aquella critica: que no hay razonar posible contra los sentimientos y demostraciones de pechos agradecidos. Pero esa gratitud de que aun nosotros nos envaneecemos, es hoy, como antes, fielmente manifestada por la verdadera y sólida devocion de que esta basilica fué testigo? ¡Manes ilustres, cuya memoria es tan grato á la patria como á la religion evocar en este recinto! ¡Vosotros que lo elegisteis para que fuese el refugio de vuestra vida y el sagrado asilo de vuestras mortales vestiduras! ¡No airados os levanteis á pedirnos cuenta del legado de vuestra fe y amor! Porque ¿qué respuesta os dariamos, avergonzados delante de nuestra bondadosa Reina? Y no hay decir: “los tiempos son muy otros;” “es preciso que las sociedades se trasformen;” porque la vida moral, sustentada por la verdad infinita y por el amor eterno, no se halla sujeta á mudanzas. Decir, pues, que entre nosotros se ha modificado, es confesar ese cargo abrumador que nos hace reos de ingratitud para con Maria.

La verdadera y sólida devocion, hermanos míos, consiste en un respeto profundo, en un temor filial, en un servicio asiduo, en un celo ardiente, en una entera confianza, en una imitacion fiel. No de otros caractéres hallábase revestida la singular devocion que la fe y amor de nuestros padres tributaron á esta santísima Señora. Ellos pusieron todo su anhelo en conocer su grandeza, sus virtudes, sus privilegios, su providencial mision respecto de nosotros, para rendirle los homenajes más solemnes. Temiendo desagradarla en lo más mínimo, velaban cuidadosos por ajustar cada uno de sus actos á la voluntad del Señor. Incansables y generosos en su servicio ¿qué obras

no ejecutaron, qué piadosas prácticas no hicieron, con qué espléndidos cultos no la honraron, de qué ricos tesoros no se desprendieron para la magnificencia de sus fiestas, la hermosura de este Santuario y el decoro y majestad de esa venerable corte que con tanta fidelidad vela por la gloria de su casa? ¡Oh! ¿Y quién puede recordar sin santa envidia aquel ardiente celo con que nuestros padres deseaban conquistar todos los corazones para presentarlos á Maria, el afán con que se apresuraban á reproducir su portentosa Imágen, á erigirle templos en la vasta extension del país de Anáhuac, y sobre todo, el ardor con que salian á la defensa de la prodigiosa Virgen cuando se atacaba su gloria? Y ¿qué decir de aquella plenísima confianza con que todos los corazones reposaban tranquilos en esta playa serena de Guadalupe, y con que todos los ojos, cuando eran anublados por el llanto, se volvian á esta sacra montaña de donde bajan los torrentes del consuelo y de la salud? Ni hablemos, católicos, de aquella imitación fiel de las virtudes de Maria que hizo del pueblo mexicano en todas sus clases un dechado de moralidad privada y pública, de sosiego y laboriosidad, de amable concordia y caridad sin límites: que á tanto llegan los hombres y los pueblos cuando ejecutan aquel mandato: *Inspice, et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est* (1).

¿Y sería extraño, católicos, que la Santa Madre de Guadalupe, siempre fiel á las misericordiosas promesas que hizo á este pueblo en la persona del venturoso Juan, derramase tantos beneficios y tantas gracias en premio de tan verdadera, sólida y constante devoción? ¿Sería extraño que cuando otros países gemian ya bajo el yugo de la tiranía revolucionaria y eran seducidos por la sinagoga de Satanás, México presentase ante el mundo el más bello espectáculo, digan lo que quieran los mantenedores del progreso sin el catolicismo? El Cristo, Hijo de

(1) Exod., 25, 40.

Dios vivo, reinaba en esta nacion que se hallaba prostrada ante el trono de su soberanía. Ella se alimentaba de su doctrina y vivía de su propia vida. A la manera que el mundo físico está como impregnado de los rayos del sol, así la luz del Evangelio cubría y penetraba á nuestra sociedad en todas sus partes. Honrábanse los gobernantes de llamarse los lugartenientes de Jesucristo, y en la Cruz veían la salvaguardia de su autoridad y la pauta de sus deberes. Leyes é instituciones y todo lo que norma la vida pública llevaba el sello de la religion, inspirábase en su espíritu y se aplicaba á sus máximas. La religion formaba la base de la enseñanza, y desde la escuela más humilde hasta aquella universidad donde para gloria de tales tiempos é ignominia de los presentes las ciencias se reunieron como en un haz armonioso, el Verbo, maestro divino de la humanidad, hablaba por todas las bocas y llegaba á todos los corazones. Santificada por la gracia del Sacramento la familia era católica y el poder paternal ejerciase en ella como otro sacerdocio que tenia por tiempo el hogar doméstico. La religion era el vínculo de todas las asociaciones, el esplendor de todas las fiestas, la fuerza de todos los juramentos, la majestad de todos los poderes, el alma de todo el cuerpo social. Su nombre estaba escrito en el pendon del obrero, en la bandera del soldado, en el escudo de la familia, en los diplomas del arte y de la ciencia. En una palabra, nuestra México habia nacido, vivido y progresado á la sombra de la Cruz por la señalada proteccion de esta Madre dulcísima que se dignó constituirse personalmente la evangelizadora de este suelo. ¡Ah, y con cuánta más razon que el inflamado Isaias y el grande Apóstol debiamos nosotros decir, hermanos míos: "¡qué hermosos son esos virginales piés, oh Madre nuestra, que nos trajiste tan dulce paz y tamaños bienes! *Quam pulchri super montes pedes annuntiantis et praedicantis pacem; annuntiantis bonum, praedicantis salutem* (1). ¡Qué mucho entónces,

(1) Isai., c. LIII, v. 7.—D. Paul. Ad Rom., 10, 15.

hermanos míos, que de Oriente á Ocaso, del Septentrion al Mediodia, todos los ecos de nuestra tierra bendita, á impulso de la devocion á la Santa Virgen de Guadalupe, publicasen de mil maneras que ella era la dispensadora de tantos bienes! *In me gratia omnis viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis.*"

Y hoy, hermanos míos, ¿por qué se han amenguado, digo mal, por qué han casi desaparecido aquellos bienes? ¿Será acaso porque sin motivo alguno Maria no quiere ya cumplir sus promesas? Péguese la lengua al paladar y fáltenos el aliento, primero que blasfemar de esa suerte! La causa única de nuestro infeliz estado, de esta misera condicion de nuestras almas, hállase en nosotros mismos. No cerremos los ojos á la luz: acallemos las fúnebras voces del orgullo: no nos aturdamos con la falsa filosofía de la historia ni con las erradas apreciaciones del humano criterio: alcemos á mayor altura los ojos del alma, si no queremos que estas ilusiones sean nuestro pos-trer infortunio.

¿Tenemos, católicos, la misma sólida y verdadera devocion á nuestra Señora de Guadalupe, que trajo á nuestros padres los beneficios que en bosquejo os he recordado? No: dejadme que os lo diga; que son llegados los tiempos en que quizá por la vez última llama el Señor á las puertas de nuestro letargo. No; no tenemos aquella devocion, ó tenemos una devocion falseada ó lastimosamente debilitada: los unos porque en su incredulidad y apostasia han vuelto la espalda á esta gran Reina, renegando de México y de Dios: los otros porque en su conducta inexplicable quieren servir á dos señores: los de más allá por su frialdad é indiferencia. He aquí, hablando en general, el pueblo adoptado por nuestra Señora, y ¡pluguiera á Dios que creciesen las consoladoras excepciones!

Al profundo respeto que debe caracterizar la verdadera devocion, ha sustituido el respeto humano, ese cáncer que devora los corazones, que desnaturaliza los más ele-

vados instintos, y que, apartándonos de Dios, nos hace incensar vil y cobardemente á los ídolos de la soberbia humana; sin recordar que esos ídolos son demonios y que sólo al Señor debemos servir sin avergonzarnos de su ley santa. Consecuencia de esta conducta es que para con Maria no tengamos el saludable temor que distingue á sus verdaderos hijos: ni ¿cómo tenerlo si la desagradamos tanto con los ultrajes á su divino Hijo? Y la imitacion fiel de las virtudes de Maria, la firme confianza en su proteccion, el celo ardiente por su gloria y nuestro eficaz empeño por servirla ¿dónde se hallan, hermanos míos? ¿No es verdad que los esfuerzos de los pocos hijos amantes que le quedan se estrellan por lo comun ante ese duro y glacial indiferentismo con que la generalidad de nuestros compatriotas ve á esta Madre tierna? ¿No es verdad que la Francia católica y otros países menos favorecidos que el nuestro por Maria nos abruman de vergüenza con sus ejemplos? Diez años hace que esta Inmaculada Paloma llamó con el más dulce reclamo á la munificencia y religiosidad de que sus hijos blasonan, para que con la miserable ofrenda de un centavo contribuyeran al sosten de este culto, á la conservacion de este Santuario y á la satisfaccion de las ingentes necesidades de esos heróicos levitas que le sirven de custodia.

Y ¿en qué ha parado aquel primitivo fervor? En lo que paran generalmente entre nosotros las ideas generosas y los proyectos de salvacion. En nuestra casi total indiferencia. ¡Si se tratara de que la imprenta pregona-se nuestra caridad, ya seria otra cosa!..... Pobres como estamos á la verdad, hermanos míos, no hay sacrificio que no nos parezca llevadero, hasta el de henchir las arcas de los que esprimen la sangre de sus hermanos en los tórculos de la usura, cuando se pretende brillar por el lujo, rendir parias á la *filantropía*, frecuentar las reuniones y espectáculos del mundo profanador de los dias santos y festejar á sus grandes personajes! Y sólo para la Virgen Madre nuestra, que no necesita en verdad de ta-

les dones, pero que quiere probar con ello la devocion de que hacemos alarde, carrecemos hasta de una despreciable moneda! ¡Y nos llamamos católicos, y mexicanos, é hijos suyos, cada vez que una cuita nos sobreviene, que un peligro nos asalta, que un dolor nos aqueja; cada vez, en suma, que se trata de nuestros mezquinos intereses temporales! ¡Todo para nosotros! ¡Nada para nuestra Madre de Guadalupe! ¿Y esta es la verdadera y sólida devocion de los mexicanos? No preguntemos entónces de donde vienen los amargos frutos que cosechamos. No nos quejemos al ver ese cuadro desolador que ofrecen tanta inmoralidad, tantas miserias públicas y privadas, tantos errores, tantos pasos hácia el ateismo, tantas y tan densas nubes como se van amontonando en nuestro cielo! Y en medio de tan espantosos desastros, el protestantismo, el enemigo jurado de la Inmaculada Maria, invadiendo esta su heredad predilecta, que habia sido siempre por Ella inexpugnable baluarte del catolicismo!

Pero aun está aquí, direis, esa dulce Madre, y con ella la gracia del camino y de la verdad, la esperanza de la vida y de la virtud. Sí, aun está aquí por dicha nuestra y á pesar de nuestro desvío: mas ¿estará siempre, católicos, y estará para otorgar esas gracias *contra las reglas fijadas por su Santísimo Hijo*, como se explicaba en ocasion semejante aquel llorado Balmes mexicano que hizo temblar estos muros con su palabra hace cuatro lustros? (1) ¡Oh, qué cosa tan terrible es pensar en que algun día desaparezca esa arca misteriosa, como allá en la ley antigua desapareció de la culpable Silo el arca figurativa que arrebataron los filisteos! ¡Y más terrible aun, hermanos míos, que cansado el Señor de tolerarnos, llegue á decir á esta compasiva Madre lo que al Profeta que oraba gimiendo por Israel: “No me ruegues por este pueblo, ni tomes por ellos alabanza y oracion, ni te

(1) El Illmo. Sr. Dr. D. Clemente de Jesus Munguía, en su sermon de la Santísima Virgen de Guadalupe, predicado el 12 de Marzo de 1853.

me opongas, porque no te escucharé. ¿Por ventura no ves lo que estos hacen en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalem?” (1)

La mano del Supremo Artífice ejecutó con divino pincel esa obra portentosa. Y ¿no habeis pensado jamás, hermanos míos, en que esa misma mano, tornándose de misericordiosa en justiciera, puede con la misma facilidad borrar ese admirable prodigio, dejándonos solamente el primitivo tosco ayate de Juan Diego, ó hacer que los enemigos nos arranquen, que es como arrancarnos la vida, el sagrado y precioso retrato de nuestra Madre?..... ¡Dios mio! ¡qué espantosa desgracia seria ésta para la nacion á quien tanto has favorecido!

Y ¿no habrá medio de evitar tan deplorable suerte, católicos? ¡Ah, sí!..... Volved los ojos hácia aquel Propiciatorio donde se aplaca la cólera del Padre celestial: volved los ojos hácia aquel Iris de paz, hácia aquel Lucero diamantino que en sus fulgores derrama las esperanzas de la vida. Pero seamos para ello verdaderos hijos de nuestra Señora de Guadalupe! Hagámos renacer la verdadera y sólida devocion á tan dulce Madre: oigamos su voz en la tormenta: busquemos en ella la gracia que necesitamos para volver á los caminos del Señor. Despiértenos de nuestro sueño el temor de que nos deje esa amante Reina tan luego como acabe el culto de su empobrecido Santuario. Imitemos á nuestros padres: no nos neguemos á dar la pobre ofrenda que acredite nuestro amor: y sobre todo, no nos avergoncemos de ser hijos de tan tierna Madre, ni de imitar sus excelsas virtudes!

¡Dulcísima Señora y Madre nuestra! ¡Ten piedad de tus hijos infortunados, de tus hijos que vienen á postrarse ante tus plantas virginales, pidiéndote perdon de su indiferencia, desprecios é ingratitudes! Los hondos suspiros de nuestro pecho y este llanto que brota del cora-

(1) Jerom., cap. VII. v. 17.

zon, te dicen, oh Maria, con qué mortal congoja recordamos nuestra conducta, con qué filial confianza recurrimos á tu amor, y con qué resuelta voluntad nos decidimos por fin á portarnos como hijos fieles y agradecidos! Acórrenos con esa maternal solicitud con que has velado siempre por el pueblo que declaraste tuyo y que aun santificas con tu soberana presencia. Recibe los votos que te envía la Metrópoli michoacana, y amorosa vuelve tus castísimos ojos hácia aquella tierra que nos es tan cara! Con ella unen hoy sus ruegos el Pastor fidelísimo (1) y las ovejas de este otro rebaño que no es menos querido de tu immaculado Corazon; de este otro rebaño en que se distingue por el celo de tu nombre y de la gloria de tu Santuario el Senado ilustre que tiene la dicha de alabarte sin cesar asistiendo tan cerca de tu trono!

Vuelve á mostrarnos, Señora, que eres nuestra Madre y nuestro refugio: derrama sobre todos nosotros nuevas gracias y bendiciones, para que conformando nuestros actos á la ley del Señor, le sirvamos con fidelidad en la tierra y de El gocemos contigo en la eternidad de la gloria!—AMEN.

(1) Alude al Illmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, que honra con su asistencia la fiesta que motivó este discurso sagrado.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN LA IGLESIA DE ANALCO, DE PUEBLA, EN 1809

POR EL

SR. CURA D. JOAQUIN DEL BAZO

*Nec est alia natio tam grandis que
habeat Deos appropinquantes sibi, sicut
Deus noster adest cunctis obsecrationi-
bus nostris.*

Ni hay otra nacion tan grande que
tenga tan cercanos á sí los dioses, co-
mo el Señor Dios nuestro está presen-
te á todos nuestros ruegos.

Deut., cap. IV, 7.

Nada debe excitar más en los pechos mexicanos la gratitud y reconocimiento, que la aparicion de Guadalupe. La historia del Nuevo Mundo ha fijado en ella su más señalada época, y sus habitantes la vemos como el acontecimiento más plausible de nuestros fastos. Su memoria, que debe ser inmortal, acompañada siempre de la ternura, del más dulce objeto de la devocion, se transmitirá á los siglos venideros, recogiendo en la posteridad los votos de una nacion á quien el cielo quiso beneficiar con

preferencia á las demás. Yo las concibo á todas poseidas de una noble emulacion, presentando cada una para granjearse la primacia, sus héroes, sus riquezas, sus cultivos, sus armas y sus brillantes; pero México, sin hacer alarde de otras glorias más que las del Tepeyac, les arrebató la palma y lleva el triunfo por la cercanía de la Madre de Dios, como en otro tiempo Judea por la del Señor.

Yo sé muy bien que es la gran Grecia, el órgano de las influencias de Dios, y como un canal por donde se derraman los beneficios del cielo sobre todo el orbe; que no hay nacion que no se glorie con alguno de los santuarios erigidos por las gracias y favores obtenidos por su mediacion, estando toda la tierra, desde donde nace el sol hasta donde se pone, y desde el Septentrion al Mediodia, cubierta de templos y lugares consagrados á su culto. Sé que su culto es tan universal, que por ella, en expresion de San Cirilo, se alegra el cielo, se regocijan los ángeles, se ahuyentan los demonios y el hombre se encamina á su verdadera patria. Sé que en ella encuentran, sin distincion de pueblos, tribus ó generaciones, los enfermos salud, los pecadores refugio, los afligidos consuelo y auxilio los cristianos. Y sé, en consecuencia, que por ser Madre de Dios verdadero y Abogada nuestra, ni hay gracia que no se dispense por sus manos, ni generacion para quien no las tenga abiertas.

Pero gran Dios, tú que del mismo seno de Abraham sacaste el sémén que habian de bendecir en la sucesion de Isaac, y el que habia de mezclarse con la idolatría y el paganismo en la descendencia de Ismael; tú, que hiciste que se abrigasen en un mismo tiempo en el vientre de Rebeca los objetos de tu odio y dileccion en Esau y Jacob, aun antes de que obrasen el bien ó el mal, sabes distinguir en el orden de la gracia, aun los unidos con los vínculos de la naturaleza, y señalas algunos entre los mismos á quienes dispensas tus misericordias, porque éstas se arreglan á tu beneplácito, y no á los merecimientos

tos que considera la sabiduría del siglo y que se encuentran sin peso en tus balanzas.

De este modo, Maria, aunque la sombra de tu patrocinio ha cobijado á todas las naciones y sobre ellas has derramado tus beneficios, yo hallo que ninguna se ha acercado más á tí que México en la aparicion de Guadalupe. Y aquí está situada la grandeza del milagro, la piedad de Maria, la gloria de nuestro suelo y el asunto de mi discurso.

Dirijámonos para el acierto á la misma Señora implorando su intercesion con la gracia de que el ángel la confesó llena, cuando la saludó con él.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Apenas sobre las ruinas de la Sinagoga se plantó la gran fábrica de la Iglesia, cuando todas las naciones experimentaron la proteccion de Maria y abrazaron su devocion, teniendo cada una por el primero de sus blasones algun sitio ó lugar consagrado á la Santísima Virgen. ¡Qué hermoso cuadro el de la historia de su culto en el espacioso campo de diez y ocho siglos, si pudiésemos correrlo todo en los estrechos márgenes de una oracion! Dichosa porcion del Tepeyac, tú siempre resaltarás en él con los más vivos colores, porque la cercanía de la Madre de Dios te ha colmado de gloria y ha hecho tu nombre famoso entre las gentes..... Todas, formando un mapa abreviado de sus templos y santuarios dedicados á

Maria, reducen á uno de tres principios sus ruegos: ó una erección, ó alguna reliquia que poseen, ó ya una imágen recomendable ó milagrosa, ó finalmente á las gracias y favores recibidos de su mano. De la clase de los primeros ha sido el célebre templo de Blaquernas en Constantinopla, que se ha gloriado con su manto. El de Chalaprotea, en la misma ciudad, y el de Nuestra Señora de Paris, que han pretendido honrarse con su señor. Las dos iglesias de Rífonos y Venecia, con el monasterio de la isla de San Nicolás, que se jactan de poseer parte de su velo; las de Aquisgran y Chartres que poseen sus camisas, y la de Perusa que conserva el anillo de sus desposorios, despues de haberlo disputado con Chiusi; pero ninguna de estas honras puede igualarse á la nuestra si se hace un justo paralelo.

Yo podria oponer á muchos cierta critica que no encuentra en ciertas reliquias sino fábulas introducidas por los griegos y fácilmente adoptadas por los latinos; por ejemplo, en la multitud de imágenes que se suponen pintadas por San Lucas, habiendo sido una sola la pintura, que consta pereció.

Pero dejando á todos en el crédito que poseen, ¿cómo podrán sus reliquias entrar en parangon con el ayate y rosas de Guadalupe, consagradas con el contacto de las manos de Maria, no en el tiempo de su vida mortal y pasible, sino revestida ya de la inmortalidad y grandeza de la gloria? Si algunos ostentan alguna imágen pintada por un evangelista ó no formada por los hombres, Tepeyac posee una pintura de origen celestial, formada por la misma Virgen. Si otros presentan un simulacro milagroso, el nuestro encierra tantos prodigios cuantos brotan de la larga duracion de una materia frágil en un sitio en que por la humedad y el salitre, está tan expuesto á la corrupcion; la falta de aparejo en la pintura, su belleza en un lienzo desproporcionado y otras maravillas que se presentan á los ojos de los facultativos y notó nuestro gran pintor Cabrera.

Entre los segundos se enumeran: el templo de Nuestra Señora de las Guias en Constantinopla, donde se colocó la imágen pintada por San Lucas, y se cree que pereció en la ruina del imperio griego; la de Efeso en Mosopotamia, con las de Cirigua, Tesalónica y Diospoli, en el Oriente, cuyas imágenes se creen *archiropoetas*, esto es, no formadas por manos de los hombres, sino de un origen todo celestial, del mismo modo que se ven en Occidente la de Aranzazu y otras.

De los últimos se reputan los principales los santuarios del Pilar de Zaragoza, de Monserrate, de Barcelona y de Lierre en Picardia, á los que dieron origen los beneficios de Maria. Una visita de Santiago en el primero; las penitencias y prodigios de Juan Garin en el segundo, y la libertad de unos prisioneros del Cairo en el tercero. Mas entre todo se levanta arrastrando el séquito de las naciones el famoso de Loreto que recopilando en sí cuanto hace recomendable á los otros, deduce su culto de los tres principios expresados. Posee la gran reliquia de la casa misma que habitó Maria. Su origen es una traslacion por medio de los ángeles y son innumerables los favores del Santuario, que se gloria de su efigie como de la más propia para representar á Maria. La mexicana, vestida del sol y calzada de la luna, tiene por modelo la que vió San Juan en el Apocalipsis. Nuestro templo es el que se erigió á orillas de la laguna de Texcoco y fué escogido por ella misma para que allí permanezcan siempre sus ojos y su corazon. Este es su origen, manantial inagotable de los innumerables favores que comparamos con los demás concedidos á los santuarios del orbe. México, tantas veces inundado y tantas veces afligido, y vosotros, lugares comarcanos de las provincias de América, vosotros que habeis experimentado estos desastres sois testigos de esta verdad.

¿De qué modo ha manifestado la Reina mexicana su proteccion y auxilio á la feliz nacion que quiso beneficiar? Haciendo por nuestra nacion lo que no ha hecho

por otra alguna en la tierra. No sólo visitándola como visitó Zaragoza á Santiago; no sólo promoviéndola á la penitencia como á Garin en Cataluña; no sólo libertándola de la cadena del demonio como á los tres gentiles del cautiverio del Cairo, sino tambien..... ¡oh Virgen santa, no puedo expresarme sin exclamar antes que son inexplicables tus misericordias, pues en cierto modo te manifiestas como tu Hijo con todo el género humano, oh gloria de nuestro suelo!

SEGUNDA PARTE.

Para proseguir me oprime el peso de mi asunto, cuya grandeza jamás podrá desarrollar la elocuencia de los hombres; por otra parte me lleno de ternura y complacencia al contemplar á Maria, á la emperatriz de los cielos, á la Madre de la sabiduría, á la Señora Suprema del orbe en un desierto escabroso y en medio de una nacion neófitá é ignorante, acomodándose á su capacidad, mostrándole la tierna solitud de una madre que está penetrada de la miseria de sus hijos y haciéndola el objeto de sus delicias como Dios al género humano. Entrad conmigo en este cotejo y desentrañaremos una proposicion que por poco conocida parecerá osada.

Considerando con Tertuliano (1) las apariciones del Señor en la antigua ley como unos preparativos de la Encarnacion, en que el Hijo de Dios como que se ensayaba

(1) Lib. II, Cont. Marc.

para habitar entre los hombres, debe verse como la principal de todas, la hecha al Legislador de Israel para su salida de Egipto, pues bajo de su velo y superficie se encubria y representaba nuestro rescate del yugo del príncipe del mundo. Y este primer paso del Redentor á beneficio de los hombres, imita Maria á favor de los mexicanos en su aparicion de Guadalupe. Ambos se dejan ver con todo el esplendor y grandeza del que han escogido para su mensaje; Aquel de Moysés y Esta de Juan Diego. Ambos se descubren en la eminencia de un monte: Aquel en Oreb y Esta en Tepeyac. Ambos cercan de prodigios el sitio en que aparecen: Aquel de un fuego que deja ilesa la zarza y Esta de resplandores de que se visten las peñas. Ambos despiertan la atencion del que descuidado sigue su camino: Aquel con la voz que sale del bosque y Esta con la música celestial que desciende de las cumbres. Ambos se inclinan á una nacion afligida dominada por otra y propensa al error: Aquel á los hebreos subyugados por los egipcios é idólatras y Esta á los indios vencidos por los españoles y tan fáciles á la supersticion y engaño. Ambos hablan boca á boca y obran maravillas para que se crean sus embajadas: Aquel de terror para amedrentar recurrió á las plagas y Esta de admiracion para persuadir empleó unas rosas nacidas en invierno entre abrojos y peñascos. Ambos comienzan desde entonces á dar señales de su bondad: Aquel libertando á los primogénitos de Israel y Esta sanando á Juan Bernardino. En una palabra, y para apurar el paralelo, encuentro hasta las excusas de Moysés en Juan Diego, y lo que es más, hasta la incredulidad de Faraon en el Obispo de México, bien que originada de muy diversos principios. Un corazon endurecido en el primero, y en el segundo una creencia delicada y escrupulosa que lucia la nota de lijera.

Llegada la plenitud de los tiempos en que Dios tenia premeditado en sus eternos consejos mostrar al mundo su dileccion, le dió á su Hijo Unigénito para que reparase el

culto, plantase la religion y engrandeciese el nombre de su Padre. Pero sin su ejemplo hubieran sido inútiles sus instrucciones, y su doctrina hubiera carecido de eficacia entre los hombres corrompidos ya desde la triste catástrofe de la decadencia de la naturaleza del estado de la inocencia; era conveniente que se anonadase tomando la forma de siervo y vistiendo nuestra carne.

Maria, imitando estos designios para manifestar su tierno amor al nuevo mundo, bajó ella misma desde lo elevado del cielo para despojar á los ídolos del culto que habían usurpado á la deidad y avivar la fe de una nacion que con tanta convalecencia comenzaba á recobrase de su ceguera y apenas iba saliendo la luz con paso lento, del gentilismo en cuyas tinieblas habia estado sumergido tantos siglos. Pero para dar á su aparicion la poderosa virtud de arrebatar los corazones para cautivar los entendimientos en obsequio de la religion, se abatió hasta tomar la forma indiana y vestir la figura de esta nacion.

Aquí quisiera yo ser todo fuego para inflamar los corazones y expresar con toda viveza un favor tan singular. Las gracias y primores de la oratoria son pinceles muy débiles, coloridos opacos, para describirla; es mejor modo de ponderarla, dejarla á la meditacion de un ánimo penetrado de reconocimiento, que explicarlo con frases y figuras que siempre quedarian inferiores á su mérito y reputacion. Gloriaos, pues, mexicanos, de vuestra felicidad; reconoced un hecho que os ennoblece y sublima, y que excitando la admiracion en toda la cristiandad, ha obligado á su capital á adscribir á vuestra Imágen en juicio contradictorio, el glorioso epígrafe del profeta: *No hizo otro tanto con nacion alguna.....*

Una gracia tan exquisita y portentosa, y á la que parece no podia añadirse otra fineza, aun no fué completa para Maria que habia hecho empeño propio dar á los habitantes de la zona tórrida las mismas señales de amor y proteccion, que dió á los hombres Jesucristo..... Este no

contento con haber tomado su naturaleza y vivido entre ellos treinta y tres años, cuando ya era tiempo de subir á ocupar la Diestra de su Padre, les dice á sus discípulos, juntos en el monte Olivete: "Mirad que yo siempre estaré en medio de vosotros hasta el fin y consumacion de los siglos." En efecto, para dar el colmo á su dileccion y para que entendiésemos los mortales, la extendia hasta el fin, y sin reconocer limites de tiempo halló modo de separarse de la tierra, quedándose con nosotros en la Eucaristía, donde tuviésemos con él un comercio íntimo, aunque insensible..... De este modo Maria, no satisfecha con haberse dejado ver en nuestro horizonte, en la especie de natural de nuestro clima, expresa á Juan Diego que quiere que en él se le edifique un templo, donde permanecerá siempre para mostrarse propicia á cuantos imploren su favor. A este fin, y el de no separarse de en medio de los mexicanos, aun habitando su eterna mansion en el Empíreo, escoge, como Cristo las humildes especies de pan y vino para encubrirse bajo su velo, una pobre tilma en que quedarse estampada con nosotros..... "En este ayate, le dice al indio, quiero hacer revista de mi poder y finezas, porque en él quiero imprimirme de tal modo, que adorándome como á Madre de Dios, me ameis como á madre vuestra"..... En calidad de tal, ¡qué dulces coloquios los que allí tiene con el que logra la dicha de mirarla!..... Su belleza celestial é inexplicable, uiendo maravillosamente lo majestuoso con lo afable, y lo soberano con lo humilde, se apodera luego del corazon, roba sus afectos, se interna hasta el alma y derrama sobre ella una ternura, que si puede sentirse, jamás podrá expresarse..... Este es el modo con que nos habla y conversa con nosotros. Lenguaje mudo ciertamente, pero comprensivo é inteligible al alma que á ella se acoge. En sola una mirada ¡qué multitud de cosas no nos dice con palabras silenciosas! Allí se ve un cielo abreviado, una fuente de donde manan las gracias, un asilo seguro en las adversidades, una prueba inmortal de la felicidad me-

xicana, una columna firmísima sobre que descansa la Religión del Nuevo Mundo, y un muro como de bronce donde se quebranta el poder todo de las puertas del Infierno.....

¿Cómo había de faltarle esta circunstancia, siendo la mujer que Dios había escogido para enemiga irreconciliable de la serpiente, para que hollase su cabeza? Pero esta misma señalada victoria, con respecto á la América, tiene ciertas ventajas que no deben pasarse en silencio. Nadie ignora que desde el día desgraciado en que la serpiente, seduciendo al primer hombre, hizo transmitir á su posteridad la maldición, extendió por toda la tierra su veneno, enroscó su cauda por todo el globo para sujetarlo á su dominio, y á su presencia se estremeció y quedó bajo su imperio. Por esta razón y el rescate del género humano, su destrucción fué el fin de la venida de Jesucristo, quien, usando de la expresión de San Pablo, (1) quitó á los principados y potestades infernales los despojos que habían usurpado, los confundió, los desarmó y triunfó de ellos á vista del universo. Parecería tal vez que en esto no puede conformarse María con Jesucristo, porque habiendo ella vencido enteramente al enemigo común desde su primer ser..... ¿qué triunfo podía añadir en nuestro suelo? No obstante, yo me atrevo á afirmar que lo tiene más sujeto y domado en la América Septentrional, que en el resto todo del Universo; y para ello apelo á todo linaje de pruebas.

Es constante que por permission divina, quedó al demonio la potestad de apoderarse y poseer algunos hombres, que llamamos energúmenos, para atormentar sus cuerpos con la mayor crueldad, sin que en la Nueva España jamás se haya visto tan lamentable desgracia. Vuestra propia experiencia, la tradición de nuestros mayores, las relaciones de nuestras historias, todo concuerda en esta verdad..... ¿No se ha verificado librarse de esta

(1) Ep. ad Colos., cap. II., v. 15

opresión el que la ha padecido, luego que desembarca en nuestros puertos y recaen en ella al punto que se aparta de nuestros límites? El hecho está fuera de duda, y yo atribuyo tan singular prerrogativa de la América, no siendo el primero en este pensamiento ni careciendo de autoridad, al prodigioso simulacro y señalado patrocinio de Guadalupe. A esto alude el nombre de Teguantlaxoepuh, que dieron á la Virgen los naturales, y vertido al castellano vale tanto como decir, la que aventó á la serpiente con el pié. Expresión enérgica con que no sólo se explica que holló su cabeza, sino que despues de quebrantada la arrojó de sí, para que ni con el más ligero movimiento dañase á la nación de que se ha declarado protectora....

Sí, yo repito, y no me engaño, que escuchais con gusto muchas veces que María se ha declarado protectora especial del Nuevo Mundo. Lo ha hecho depositario de sus más preciosas reliquias, lo ha regalado con su simulacro pintado por sus mismos dedos, ha descendido del cielo en su favor, tomando la forma de sus naturales, les dejó su copia que ella misma formó, para vivir siempre en medio de ellos, los ha puesto á salvo de los insultos del príncipe de las tinieblas, y llueve incesantemente sobre ellos sus bondades, porque, como las palabras de San Bernardo, estando delante de su hijo y éste en la presencia de su padre, le muestra á aquel sus pechos y su vientre, para que él manifieste al Padre sus llagas y costado, y no haya repulsa donde están patentes tan grandes insignias de amor.....

Pero lloremos, señores, sobre nosotros y sobre nuestra misma felicidad, á que no sabemos corresponder. Ya es tiempo de correr el velo á mi pensamiento y hacerlos ver que, si la Madre de Dios se ha manifestado con la América del modo que su Hijo con el mundo, los americanos se han manejado con María como los hombres con Jesucristo..... ¡Qué inversión del paralelo tan funesto y terrible para nuestra confusión! Los descendientes de Adán, aun los más cercanos al Mesías, no lo conocieron y lo

cargaron de aprobios. Lo mismo han hecho con Maria los habitantes del Nuevo Orbe.....

Yo no hablo principalmente por aquellos pocos que han dudado algunas circunstancias del milagro y han emprendido examinarlas á la luz escasa de su crítica: de ellos han quedado ya los unos, y quedarán todos confundidos en sus mismas tentativas. En lo que insisto es, en la multitud de vicios y pecados con que ofende á Dios, y por consiguiente á su Madre..... A proporcion del mayor número de beneficios (dicen los teólogos) que recibe el pecador, crece su ingratitud y se aumenta la malicia de sus delitos. La América ha sido privilegiada del cielo, no sólo en la benignidad de su clima, feracidad de su suelo y riqueza de sus minas, que la han hecho el blanco de los tiros de las demás naciones, y la manzana de oro que ha despertado tantas veces sus discordias, sino especialmente en la cercanía de Maria, con preferencia á las otras tribus y generaciones del orbe.....

¿Y son por esto menores nuestras culpas? El dolo y el engaño, el interés y la usura, la liviandad y embriaguez, la opresion del infeliz y el orgullo, el lujo y la soberbia, los vicios todos..... ¿son acaso desconocidos en nuestro continente?..... ¿y no se practican en él con el mismo exceso que en el resto de la tierra? ¡Ah! cuánto temo que naciendo todos de aquella rebeldia de corazon y oculta soberbia que hace sacudir el yugo de la ley y que Maria vino á confundir con su abatimiento, apareciendo en la figura de una nacion miserable, diga de los mexicanos lo que Jesucristo de los judios, por no haberse aprovechado de su ejemplo: Si yo no hubiera venido, no tendria pecado. (1)

Pero tú, Señora, siendo la Madre de la gracia, habiéndote declarado nuestra protectora, no permitas que nos hagamos acreedores á tan terrible sentencia. Tu influjo que esperamos jamás ha de faltarnos, especialmente en

(1) Joan, cap LXXV., v. 22.

este Cuerpo Literario tan respetable, que te ha nombrado su patrona, y gloriándose con tu nombre se ha puesto bajo de tus auspicios; tu influjo, repito, obre en nuestros corazones frutos dignos de penitencia y conjuracion, y haz que las finezas con que te nos has acercado en la tierra, sean para acercarnos á tí en el cielo.—AMEN.